

Barcelona, Nápoles y Valencia: tres momentos del Humanismo en la Corona de Aragón

Julia BUTIÑÁ JIMÉNEZ

RESUMEN

Se exponen resumidamente los rasgos de los tres momentos en los que se acusa en la Corona de Aragón el cambio renovador de la mentalidad occidental que, conocido como movimiento humanista, se manifiesta sobre todo en el ámbito filológico. Este nuevo talante fragua en valiosas obras literarias, vinculadas a tres puntos geográficos urbanos: Barcelona, Nápoles, Valencia. Aproximadamente se dan con la siguiente sucesión cronológica: desde la década de 1380 en la Cancillería barcelonesa, donde destaca la figura de Bernat Metge, no sólo introductor de las principales coordenadas sino quien rescata el género del diálogo; a mediados del siglo xv, alrededor de la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo (ca. 1442-1458, tomando como referente final el fallecimiento de este rey), donde sobresale la novela *Curial e Güelfa*; y la segunda mitad del cuatrocientos, en la sociedad valenciana, donde podemos tomar como referencia la fecha de redacción y edición del *Tirant lo Blanc*, respectivamente 1460 y 1490. Una de las características que podrían abstraerse como general de la producción en lengua catalana bajo este signo es el sentido crítico en cuestiones éticas respecto al mentor del movimiento, Petrarca; si bien cabe advertir respecto a esta nota la intensidad decreciente a partir del primer momento y, en cualquier caso, al margen de la obvia admiración que suponía el alinearse con el espíritu de innovación.

Estos estudios se hallan en un momento de efervescencia, tanto por el interés que están despertando más allá de la especialidad filológica —lo cual es lógico dado que el espectro de las Humanidades era entonces más amplio—, como por las continuas aportaciones de fuentes literarias que no se conocían anteriormente.

PALABRAS CLAVE: Ciudades medievales, Humanismo, Corona de Aragón.

En esta exposición no vamos a dar imágenes de ciudades, pues en los textos humanistas a los que nos referiremos aparecen más bien poco; pero sin estas tres ciudades, que marcan claramente tres momentos, no tendríamos el testimonio del Humanismo en esos extraordinarios textos. Extraordinarios en tanto en cuanto son preciosas muestras humanistas en textos de creación o ficción literaria (Butiñá 1997a y b).

Podíamos haber tomado referencias de autores más medievalizantes de la misma época, como Eiximenis o san Vicente Ferrer, que sin duda hubieran reflejado bien las ciudades materiales y su trasiego humano. Sin embargo, hemos enfocado la reflexión urbana desde la Edad Media, pero en su desgajarse, su resquebrajarse de las vivencias de los tiempos medios, en el tránsito del siglo XIV al XV; pues la reflexión sobre esta época en las letras catalanas —es decir, en la Corona de Aragón— nos ofrece tres ciudades indefectiblemente, cuyos textos significativos, escalonados en el tiempo, hacen ostensible un nuevo modo de percibir la convivencia humana por lo que respecta a su espacio de relación.

Daremos primero, en un intento de acorralar el tema, unas notas introductorias. En primer lugar, para explicarme por utilizar la palabra Humanismo cuando hoy está inquietando a la comunidad internacional, principalmente de filólogos, su definición. En una actitud de buscar el consenso me atenderé sólo al signo quizás más elemental: como todos hacemos, denomino humanista al movimiento que propicia y anuncia un cambio de los tiempos, de lo cual no quedaría excluido el primer Humanismo, el clásico, del que el del ámbito románico fue un remedo.

Es sabido que finiquitan una etapa oscura y el Humanismo al que nos referimos se aleja de la tenebrosa Edad Media de modo que nos anuncia la modernidad. Se toma generalmente como humanista por excelencia a Petrarca y el siglo XIV italiano en que se manifestó esa vivencia renovadora y fructífera alrededor de la recuperación de los textos antiguos, cuyos manuscritos recién descubiertos se pasaban entonces como un gran bien y fueron poniendo unas nuevas bases para las distintas ciencias, principalmente —claro está— de las Humanidades.

Estos trecentistas dieron un nuevo valor a la Antigüedad, que les iba a proporcionar una nueva mentalidad y un nuevo concepto de la dignidad humana. En cuanto a los textos —dado que vamos a dar al movimiento propiciado por filólogos un enfoque principalmente filológico—, se van a plantear la transmisión e interpretación libres y rigurosas; de donde se derivará un largo devenir de consecuencias para los próximos siglos europeos. Además de otras connotaciones, que —aunque en un esfuerzo de síntesis— no po-

demos dejar de considerar, como el valor de la introspección, de lo personal y del estudio, un nuevo sentido de lo histórico...; hallazgos todos ellos en dependencia con un nuevo sentido antropológico, que llevaban la profunda marca agustiniana. Estas ideas enunciadas se reflejan en algunos textos artísticos —que de un modo representativo aludiremos aquí—, los cuales no son ya medievalizantes aunque no sean tampoco propiamente renacentistas.

En el momento en que nos situamos, en la Corona de Aragón, se vive en primera fila ese cambio renovador. Afecta a todas las manifestaciones humanas, y entre este todo, están lógicamente las ciudades. Aunque no demos un enfoque exclusivamente urbano ni histórico (su aprovechamiento interdisciplinar vendrá dado del contraste en el mismo seminario), se legitima especialmente la visión desde el ángulo filológico dado que fue éste el motor del movimiento.

Se hace inevitable una alusión a la nueva concepción del texto, ya como algo abierto, lejos de la linealidad anterior; se crea un diálogo entre el yo-autor y los autores o autoridades que subyacen, así como en referencia con el lector, escaso en su tiempo pero lector que auguran en una posteridad. Esta actitud dialogística, que según las teorías del canon adviene muy posteriormente, se aprecia ya de un modo claro en estos autores. El hecho es que se remiten a los modelos clásicos con familiaridad, relectura que supuso para ellos una auténtica fecundación.

Fue, pues, una corriente de apertura, así como lo fue de aglutinación de tradiciones: la popular y la culta, la bíblica y la clasicista. El texto profano se concibe como obra artística o/y sagrada, sea por la garantía de perduración (como pretendía ya el *Convivio*), sea por su manera de tornar lo negativo en positivo tratándose de una corriente eminentemente desprejudiciada, que toma la belleza y el placer como norma de vida. Como muestra que dan valor al hedonismo rompiendo con la disyuntiva estoica-epicúrea de la vieja mentalidad, excluyente, condenadora y negativista (Eco 1987).

Desbrozando en rigor el tema —ya lo hemos apuntado—, no sólo desde el concepto humanista sino también desde la perspectiva de las ciudades, tendríamos que remontar la línea en una vía cronológica ascendente, pues desde los orígenes occidentales hay una sucesión de la transmisión cultural, de manera gradual; así, seguiríamos la palabra desde el paseo por el ágora a la palabra escrita y a los distintos tiempos de aquella palabra recuperada: de Atenas, a Roma y a nuestra etapa; es decir: Florencia (Baron 1993).

Pero vamos a situarnos en la Corona de Aragón, en el momento en que se perciben aquí estas vivencias y en que ese cambio ha tenido un ambiente suficiente para desarrollarse, muy lejano del denso florentino. Tuvo lugar

primero de un modo clandestino y luego de élite, pero de hecho y en cualquier estadio muy minoritario comparativamente con el italiano.

Estos comentarios nos envían a dos aspectos-límite: uno, es que en cuanto a primer hito de recuperación clasicista habría que citar a san Agustín; pero en cuanto a nuestra temática no sería válido hablar de Hipona; lo cual nos marca ya una clara delimitación geográfica. Y dos, que en cuanto al entorno imprescindible hay que aludir al menos a la renovación espiritualista del siglo XII, precedente de humanismos y que también giró en torno a un movimiento urbano (Auerbach 1969).

Según vamos encuadrando el tema, se dan sin embargo en la Corona de Aragón tres momentos vinculados a tres ciudades, en los que se absorbe a los trecentistas que marcaron aquel signo de rescate de la Antigüedad, con clara repercusión de signo social y ético (Heller 1980).

Cabe plantear aquí algunas preguntas como generalidades previas: ¿dónde está el origen de esas inquietudes?, ¿se debe al agotamiento de unas fórmulas ya exhaustas?, ¿en qué medida se generan gracias a unas condiciones culturales, sociales o económicas? A grandísimos rasgos podemos decir que estas últimas no pueden determinarlo en nuestro ámbito, puesto que desde Juan I el reino confederado caminaba hacia la ruina, tras el agotamiento de la misión cumplida con el terreno reconquistado (Baleares, Valencia, Murcia) y agotados los esfuerzos de expansión hacia la vecina Francia meridional o hacia el mar (Rebagliato 1999).

Y en cuanto a cuestionarse su brusco final, hay que anotar que este Humanismo catalán se corresponde con una característica general del movimiento: tan efímero que ha dado en calificarse de sueño; aun cuando cabe extrañarse del poco soporte que diera la trascendente tecnología que coadyuvaba en su favor gracias a la imprenta. El mismo invento sin embargo propició la supervivencia de otros hijos naturales de aquel impulso inicial, por medio de las Reformas y el Renacimiento. Este contraste se hace manifiesto en el proceso progresivo de estampaciones en latín cuando estos humanistas habían empezado tan precozmente —quizás debido al preludio de Lull o de Dante, pero es indiscutible que tras Bernat Metge o Boccaccio— a escribir artísticamente en su lengua vernácula.

Hay un sinfín de explicaciones para su agotamiento en esta Corona, todas ellas coherentes, pero hay sobre todo un hecho que zanja bruscamente aquellos objetivos y preocupaciones, pues —además de representar un grave hundimiento económico el que el Mediterráneo dejara de ser el medio de la tierra— se da la irreparable brecha bélica, que, de un lado marca de modo dramático la última parte del siglo XV, y sigue en un proceso de de-

molición continuado —precisamente sin ser un pueblo de ansia guerrera o militarista que en ella se realizara— hasta bien entrado el siglo xx.

Su nota de fugacidad, de todos modos, no implica merma de valor a los valiosos textos conservados en lengua catalana, tanto por su excepcionalidad como por darse en ellos el nacimiento de géneros nuevos, como lógico resultado de una nueva relación de oferta y demanda literaria.

Este nuevo espíritu, eco del impacto humanista, se da en nuestras tres ciudades de un modo escalonado. Tomaremos como fechas que sirvan de referente, la de 1380 para Barcelona como punto de partida, con el punto final en 1413, muerte del gran autor, Bernat Metge. El dominio napolitano de Alfonso el Magnánimo señala el inicio de un segundo momento, 1442, hasta su muerte (1458). Y para Valencia podemos tomar, simbólicamente, los extremos de la redacción y edición de una obra emblemática, el *Tirant lo Blanc*; es decir, 1460 y 1490. (Para la periodización clásica por reinados, véase Batllori 1995 y 1993a).

Barcelona en los últimos decenios del siglo xiv ronda los 50.000 habitantes. Goza de un foco cultural, la Cancillería real organizada por Pedro el Ceremonioso, que aglutina funcionarios de probada formación y con dominio de las tres lenguas, aragonés, catalán y lógicamente latín. Es exponente de diversas manifestaciones intelectuales, así como evidencia una clara preocupación lingüística. Anotaremos aquí significativas valoraciones de Petrarca, que revelan que se pasaban sus textos, los cuales valoraban.

Es famosa la carta latina de Pere Pont, escribano de Juan I —llamado el rey humanista, por sus aficiones (como la música y la caza) sospechosas para algunas mentalidades—, datada en 1386, que indica la primera valoración en la Península y en lengua latina (Nadal-Prats 1983). En lengua vulgar es Bernat Metge, en las cartas con que —al modo de Petrarca— enmarca su *Griselda* quien nos deja prueba de esa admiración (¿ca. 1388?). Dice en la inicial que, buscando algo para complacer a las mujeres «ocorrech l'altra dia una istòria la qual recita Patrarcha, poeta laureat, en les obres del qual yo he singular affecciò»; y, en la última, que ha expuesto el relato lo más llano que ha sabido y podido, pero que al lado «del latí en què Patrarcha la posà, és fort grossera». Ahora bien, el contraste de estas dos epístolas respecto a las petrarquescas es explícito de una rectificación. Metge, como señala en la primera, se atiene a un sentido ovidiano, positivo y de ejercitación moral frente a las desgracias, que contrasta con el de resignación religiosa del italiano.

Nos quedan testimonios de esa época barcelonesa en otras artes, pues aquí hay que ubicar tanto el conocido gótico catalán en pintura, como los edificios

más insignes barceloneses de este estilo. Un edificio como Santa María del Mar, a tenor del mundo de la arquitectura, costaría entenderlo sin un movimiento espiritual que lo sustentara; tal es el cambio de expresividad que encierra.

Otra manifestación cultural importante son las bibliotecas. Pues si el Humanismo se puede rastrear en la valoración del libro, hay que reconocer aquí además una actitud distinta hacia el hecho de su misma conservación. El rey Pedro dona su biblioteca histórica al monasterio de Poblet. El manuscrito que lo recoge muestra, por primera vez en un documento real, la admiración e imitación de los antiguos, y lo hace con pleno sentido hacia su cita. Posteriormente se hará costumbre en los preámbulos cancillerescos y será un hábito de la oratoria parlamentaria el comparar a los reyes con los émulos de la Antigüedad, hasta que llegará a darse el cúmulo de citas de lucimiento de clásicos que bien conocemos como propio de las letras renacentistas.

El capítulo 8 del *De coniuratione Catilinae* de Salustio se reproduce literalmente en aquel documento de cesión del 11 de septiembre de 1380 (Riquer 1964). Según dice el historiador latino, quien pretende la exposición objetiva de la realidad, «las hazañas de los atenienses, a mi juicio, fueron bastante grandes y magníficas, pero algo menos sin embargo de lo que dice la fama. Pero como nacieron allí escritores geniales, por todo el orbe terráqueo los hechos de los atenienses se celebran como los más grandes». Pedro el Ceremonioso tiene la idea de que deben estar en un mismo lugar los huesos y los escritos relativos a hechos gloriosos de la Corona de Aragón. Hay que tener en cuenta que ya había una importante tradición historiográfica en lengua catalana, por lo que, sobre ella, el monarca une textos-sucesos-personas, a fin de que sean valorados y perduren en el recuerdo.

El rey, pues, dona su biblioteca a Poblet, para que se sepan los hechos de los reyes allí enterrados, lo cual revela la importancia de los textos; actitud que tenía su precedente en los romanos. Pues si hay buenos escritores se considerarán los mejores del mundo, como decía Salustio de los griegos. Empieza la mimesis de latinos en las actitudes y en los textos. Ya no es el aprendizaje escolar de admiración ciega. Son signos de desmitificación de las citas clásicas repetitivas, propias de la etapa escolar, que expresan una nueva aplicación, vivida y auténtica.

En cuanto temprano al signo helenista que se ha advertido en este primer Humanismo, que se relaciona con la proyección aragonesa sobre Sicilia y los ducados de Atenas y Neopatria (Batllori 1995), cabe mentar otro documento del 20 de agosto del mismo 1380, en que —con firma también del mismo secretario (Bernat Miquel)—, el rey previene, por medio del refuerzo militar, la defensa de la Acrópolis, ya que dice al obispo de Megara

que aquella es la «pus rica joia que al món sia, e tal que entre tots los reis de cristians envides lo porien fer semblant». Contraste comparativo entre clásicos y cristianos, emulador de aquellos y característico de los humanismos, que antepondrán a aquellos como modelos o en virtudes. Podríamos añadir este signo humanista al de la valoración del libro y de la fama, pues se manifiesta nuevamente una dimensión pagana, en tanto en cuanto los arquetipos que se anteponen son gentiles. No supone desechar los contenidos cristianos, pero el mismo sentido religioso lo reviven bajo aquella luz.

Se organiza también allí un centro de copistas, donde se generan abundantes traducciones (Lucano, V. Máximo, Séneca, Tito Livio...: Mayer 1993, Trench-Canellas 1988). Pero más que detenernos en su abundancia, es llamativa una vez más la actitud que vehicula un nuevo espíritu. Sayol (padrastró de Bernat Metge precisamente), al traducir el *De re rustica* de Paladio —tarea que le ocupa entre 1380 y 1385—, acusa a los traductores anteriores por su falta de rigor, así como exige mayor respeto al texto, dado que de otro modo se desfigura al autor. Se trata de un nuevo talante de autenticidad, al que acompaña una admiración hacia aquella curiosidad científica por aprender las cosas relativas a la agricultura viajando por todo el mundo; en un plano humano también entiende, a través del *De senectute* de Cicerón, el ennoblecimiento del hombre por medio del cultivo del campo, asimilando su disposición hacia la divinidad en una situación similar a la del latino ante la vejez y tras una vida de dedicación cívica. Situaciones de identificación propias de los primeros humanistas, a quienes agradaba recurrir más a aquellos autores que a los santos para vivencias de tipo espiritual.

Otro rasgo detonador de humanismos es la preocupación y cuidado por la lengua. En la Cancillería se empezó imitando la ciceroniana, en un primer momento bajo coacción de la latina, al igual que iría ocurriendo en otros romances, para pasar después al dominio elegante y de buen gusto, que bien muestra ya el *Griselda* mencionado. La lengua catalana se emplea progresivamente con la exactitud del latín, mesurando los cultismos, copiando con bella cadencia y elegancia su sintaxis, moldeándose en la estructura original. Así como Dante —entre los precedentes italianos— había laicizado con toda nobleza la poesía, este ambiente barcelonés iba a suponer la introducción de los textos en prosa laicos en el mundo de una elevada cultura.

La dignificación lingüística fue de amplio alcance al extenderse las cartas cancillerescas por todo el dominio; algunas eran verdaderas piezas literarias, como puede apreciarse en algunas de Metge en las que se ha reconocido, por ejemplo, la sombra de las composiciones seniles petrarquescas (Riquer 1959).

En Bernat Metge tenemos no sólo al autor que se enseñorea de la lengua y deja una obra de gran riqueza literaria, sino también a un gran pensador auténticamente revolucionario que deja una serie de géneros viejos burlados (un sermón burlesco, un debate parodiado...) y sobre todo escribe un gran diálogo humanístico *Lo somni* (de 1399; acaba de cumplir, pues, los 600 años), que se sitúa en la mejor tradición clasicizante. En una estricta nota telegráfica diremos que la natural conversación, que tiene lugar entre Metge y el rey Juan, el rey amigo fallecido recientemente (1396), en una mimesis del *De Republica* y del *De amicitia* ciceronianos, trata de la inmortalidad, guiándose por la razón en un estricto planteamiento filosófico, de profundos conocimientos y atrevidos postulados; estos planteamientos le conducen al terreno ético, que afronta con una modernidad e independencia de espíritu sorprendentes, pues suponen un fuerte rechazo de la moralidad que había sentado Petrarca, al fin y al cabo misógina y medievalizante. Todo ello en un complejo entramado de fuentes y en una armónica composición de equilibrada arquitectura.

Ahora bien, su obra se dirige a la vez a muy distintas audiencias, que entenderían de la obra cada una la parte que le correspondiera en una magistral lección de apertura textual. Al rey Juan le sucedió el rey Martín I, conocido como el Humano pero también como el Eclesiástico, cuya camarilla arremete fieramente contra los anteriores renovadores. Para Metge, pues, no cabe otra solución que esconder sus contenidos bajo el papel de «malo» o folklórico epicúreo y descreído, al que fácilmente se rebate, dado el peligro que suponía entonces cualquier reforma del establishment, que era lo auténticamente peligroso; como bien mostraba la figura de Lull, por aquel entonces no sólo sospechoso sino condenado.

Apreciamos ya en él un rasgo que definirá a este Humanismo catalán: admiran a los italianos, pero los rectifican: han aprendido de ellos la consigna humanista y educadora por excelencia, que se funda en el arte de corregir. Al re-crear una obra no sólo se fusionan con sus fuentes y con los clásicos, sino que los hacen suyos y adaptan hasta el punto de rectificarlos: el aprovechamiento económico de los textos es máximo.

Junto a esta nota se ha caracterizado también al Humanismo catalán por su no-rupturismo, rasgo sin embargo no exclusivo, pues basta remitirse al posterior erasmiano. Sin embargo, hay muchos matices y grados, pues si el terrible Metge exalta a algunas mujeres contemporáneas que fueron asesinas, concibiendo la virtud al estilo de los antiguos por su fuerza moral, en contraposición al degradado concepto de su tiempo, el fraile valenciano Antoni Canals, cuando traduce el prólogo del *Africa* petrarquesco alerta acerca de la inmoralidad del suicidio del héroe.

¿Cómo se introduce esta corriente en la Corona de Aragón cuando el ambiente ni siquiera en pleno siglo xv es propicio, cuando en las Universidades no se percibe por lo general este aire renovador hasta un siglo más tarde y más aún cuando éstas ni en Barcelona ni Valencia existían todavía?

Evidentemente fueron los contactos. Si una base favorable pudo ser la relación cultural con la casa de Francia —por ejemplo, destaca el interés por los libros de la esposa del rey Juan, Violante de Bar—, sobre todo serán las embajadas a Aviñón —al margen sin embargo del círculo de Fernández de Heredia, que, aun vehiculándolo, no participaba de este signo renovador—, donde la corte papal tan vituperada era a la vez un núcleo de atracción, vehiculación cultural y de conexión con los humanistas italianos. Cabe quizás apuntar otro factor —de todo modos, pendiente de estudios y parece que en mucha menor medida—: las relaciones con París, donde la Universidad era otro foco de inquietud intelectual.

Pero en Barcelona no sólo no se dio una corte humanista estimuladora de una nueva generación de ideas sino todo lo contrario: Metge nos tuvo que dejar de un modo subterráneo y clandestino su valiosa y renovadora ideología, que sólo un reducido grupo de amigos sustentaba. Los textos metgianos son testimonio literario tan precoz como —dijimos ya— extraordinario, no sólo de aquel primer fundamento de nobleza y libertad humanas en la Península sino de una muy atrevida rectificación de la vía marcada por Petrarca.

En Nápoles, por el contrario, se dio uno de los más exquisitos enclaves humanistas en torno del Magnánimo, quien incorporó este dominio a la Corona. El rey acoge en su corte a humanistas aragoneses, catalanes, castellanos e italianos, en una corte políglota que bien reflejan las lenguas de los poetas del *Cancionero de Estúñiga*. Junto a figuras tan conocidas en nuestras letras como el marqués de Santillana se reúnen famosos como Lorenzo Valla, Leonardo Bruni d'Arezzo, Bartolomé Fazio o Antonio Beccadelli, el Panormita, preceptor e historiador del rey, cuya biografía (*De dictis e factis*) nos da el tono del cesarismo de aquel príncipe y mecenas, así como del ideal de la *romanitas* que allí flotaba.

En la arquitectura hay un reflejo evidente en el arco de Castel Nuovo que representa la entrada triunfal del monarca en la ciudad plasmada en el mejor estilo romano. Y vemos rasgos en cierto modo comunes con los barceloneses, ya citados, en la magnífica biblioteca, cuya descripción tenemos al alcance hoy gracias a los volúmenes de Tammaro de Marinis (1947-1952).

El testimonio literario de este momento es una obra anónima, *Curial e Güelfa*, no descubierta hasta finales de siglo xix ni editada hasta principios

del siglo xx. Desde estos inicios se consideró un fruto del entorno napolitano, postura que se suele defender en la actualidad desde el punto de vista histórico y lingüístico (Ferrando 1997) así como por las connotaciones textuales.

Ahora bien, esta novela muestra un rechazo del humanismo superficial, formalista y panegírico, claramente en el prólogo al III libro. Forma parte del repudio de una literatura inauténtica, al igual que se condena por este motivo —por deformar los hechos históricos— hasta la *Eneida* virgiliana, obra que sin embargo proyecta una firme sombra argumental.

También se aprecia ahí la importancia de los libros para la posteridad y la fama, pues si el caballero Curial hubiera tenido buenos escritores, como los antiguos latinos, sería valorado debidamente. Cabe recordar que éste fue un tópico del Magnánimo, por lo tanto es uno de los puntos que contribuyen para adivinar su figura tras la de Curial y leer esta novela como una obra en clave (Butiñá 1999).

El modelo de virtud de estos protagonistas constituye sin embargo ya una obra placentera y no un agrio tratado; es un relato fresco de ficción, agradable y divertido, con puntos de humor y erotismo, así como asume la nobleza de los géneros sublimes pero en la más llana prosa. Su autor, siguiendo al *Decamerón* —al que sin embargo también rectifica en detalles— había descubierto la novela. Es, pues, un testimonio literario de ese paso y momento histórico que dio lugar, ante un cambio de gustos y sensibilidad, a los nuevos géneros.

El tono de emulación de la Antigüedad está claro tras estos héroes catalanes, que superan a Eneas y a Dido, pues además tienen bien asimilado el cristianismo. Es un tono de orgullo, pero sin engreimiento; pues se desechan posturas como la del caballero Sanglier de Vilahir, cuya pedante superioridad frente a los clásicos, revela que era medievalizante al fin. Buena prueba de la sencilla medida de este primer Humanismo que hace excelentes obras artísticas en lengua vulgar.

Aludiremos también al signo helenista, pues Curial al llegar a la Acrópolis, «on la ciència de conèixer Déu s'aprenia», no puede soportar la emoción y cae desmayado en las escaleras de mármol. De los Santos Lugares no dice nada, aunque en un monasterio del Sinaí recibe la bronca admonitoria de un fraile a la antigua usanza, precisamente aquel caballero Sanglier tan exagerado. Su nuevo estado no le hizo cambiar de talante ni pudo convencer así a Curial.

La conversión de Curial, dado que en «actes de Venus gastava tot el temps» hasta el punto de que llegó a dejar de estudiar, tiene lugar por medio

de Baco, dios pagano, en correspondencia con el caso de Eneas. Pero en la novela eminentemente realista se da en un sueño; ahora bien, la frase que pronuncia aquel dios es de san Gregorio: «vilescunt temporalia cum considerantur eterna». La mezcla de clasicismo y cristianismo logra una fusión perfecta y este mensaje sí que será plenamente eficiente. La obra vitalista y llena de sensualidad expone un *carpe diem* cristianizado, al igual que se hibridaran los ideales de Verdad y Belleza.

Curial se pone inmediatamente a buscar libros, «tenint per perdut aquell temps que sens estudi havia viscut», mensaje así mismo típicamente humanista.

La lengua totalmente dúctil y ennoblecida, al igual que sus contenidos, refleja no sólo la nueva actitud de su autor, sino también los nuevos gustos de demanda de una sociedad culta y curial. Las técnicas literarias son de una rica complejidad, se inician con una *imitatio* y réplica de Petrarca para acabar con el trasfondo desfigurado del *Somnium Scipionis* ciceroniano. La absorción de las tradiciones en este preciosísimo relato de amor y aventuras ha hecho que se haya leído así durante tiempo; pero es mucho más, pues el lector tiene que reconocerse a sí mismo, según el precepto délfico, a cuya finalidad contribuye una obra de carácter especular. Al igual que es expresión del viaje vital interior que propone el Humanismo hacia la virtud.

Hay que comentar, aunque sea de paso, que hay otro núcleo interesante en la Corona de Aragón, en Palma de Mallorca, que está relacionado con la corte napolitana. De un modo coherente con los signos que vamos exponiendo se da aquí una valoración del renovador Lull, así como muestran haber entendido a Metge; precisamente Ferran Valentí es el primero en advertir la riqueza de fuentes de su gran diálogo, al señalar el reconocimiento del *Corbaccio*.

Y vemos también aquí la huella en la arquitectura: la portada gótica de San Nicolás está flanqueada por dos viejos escudos heráldicos enmarcados en una corona vegetal al estilo renacentista. Muestra, pues, de la simbiosis cultural de esta época que no era en realidad la Edad Media pero tampoco el Renacimiento.

En Mallorca no se dieron textos del nivel que estamos viendo y el grupo humanista se redujo a algunas personalidades. Era una ciudad pequeña, como lo era Nápoles (30.000 habitantes), si bien ésta albergó tan destacada corte. La ciudad principal de la Corona entonces era Valencia, que inicia el siglo xv con 36.000 habitantes y cuenta con casi 100.000 al acabar.

Esta eclosión, esplendor económico y demográfico, harán de Valencia la capital cultural del Humanismo catalán y cima desde donde se emprende

la bajada. Se dieron aquí ambientes cortesanos, alrededor del lugarteniente o virrey, así como de Germana de Foix, viuda de Fernando el Católico, con la consiguiente repercusión en actividades teatrales, certámenes poéticos y lujosas fiestas mundanas, que bien refleja el *Tirant lo Blanc*.

Los edificios góticos, como la Lonja o las Torres de Serranos y de Cuarte, atestiguan bien este momento. Si en Metge sólo encontrábamos pocas referencias a su barcelonesa ciudad natal («on fuy nat e morray», en el poema alegórico del *Libre de Fortuna e Prudència*), y si de la anterior novela teníamos que intuir el entorno humanista subyacente y propio de su audiencia, el binomio Valencia-Tirant son inseparables: para entender a Valencia hay que leer la novela y viceversa.

Aunque agrupada con el *Curial* por el Dr. Riquer en un mismo género por su realismo y temática caballeresca, en la valenciana se ha acentuado mucho más la vena hedonista hasta el punto de ser quizás más renacentista que humanista, de mayor renovación formal que filosófico-ética, si bien recoge también la transición de mentalidad en múltiples facetas. La más llamativa quizás es la idea de la Fortuna, que ya se muestra en armonía con el realismo de la grandeza trágica del clasicismo; de acuerdo con ésta —presente pero no personalizada— el esplendoroso final se torna hecatombe y finalmente incluso paródico inri. Sobre ello, Cervantes dará un paso más al hacerlo representativo de la generación humana y no de un caballero modélico; sin embargo, la modernidad de Tirant quedaba ya patente al truncarse bruscamente tan brillante ascenso curricular de conquistas con una estúpida muerte inesperada.

Un fraile da allí la razón del bienestar de Valencia comparándola con el paraíso: «la causa perquè és tan fructífera aquella regió e tan temprada si és que com l'esfera del sol dóna en paraís terrenal, que reverbera en la ciutat e regne de València perquè li està de dret en dret; e d'ací li ve tot lo bé que té». También es explícita la valoración que se desprende de la retribución que da Tirant a un espía albanés que le había pasado información, pues le da unos dineros «e una cistella de préssecs»; la cesta de melocotones es algo valioso, dado que como castigo y como prevención «en aquella vila no n'hi havia, car Tirant havia fet tallar tots los arbres e gastar tota aquella horta entorn de la vila». La riqueza de la huerta y del campo adquiere gran interés apreciada desde las perspectivas de la ciudad, como vimos con Sayol, y como bien se ve, por ejemplo, en un poeta barcelonés, Josep Carner: el novecentista amante de la Naturaleza, que la vive y transmite como nadie, pero que es esencialmente urbano y que sella el próximo momento de auge cultural de aquella ciudad. Aunque cinco siglos más tarde.

Una explicación de este momento valenciano, la etapa clásica de nuestro Humanismo, según Badia i Margarit (1999), es por vivir un estado de opulencia que favorecía el cultivo de las letras. Las guerras de Italia, que supusieron un brusco final para las dos ciudades anteriores, aquí incluso pudieron ofrecer ciertas ventajas; así como debió influir positivamente el acceso al Papado de una familia valenciana, los Borja (Batllori 1994). La preocupación lingüística de este periodo la ha estudiado el Dr. Badia en su reciente edición de les *Regles de esquivar vocables o mots grossers i pagésívolts*.

De este ámbito podríamos traer a colación un elenco de autores, como Ausiàs March, renovador de otro género, por concebir la poesía ya como grave y auténtico fruto de la intimidad, o bien Roís de Corella, de refinada exquisitez formal. O bien otros prosistas, como Eiximenis o el novelista en verso Jacme Roig, a través de quienes se siente lo que es una ciudad medieval y su bullicio. Pero a mi entender esta visión de lo que les rodeaba no se corresponde con la conciencia clarividente que ya se estaba aportando; es precisamente el mundo que unos iniciados huían y esquivaban. Ésa debió ser precisamente una disyunción de la que bien tendría conciencia el Magnánimo, quien no volvió a la Península a pesar de los insistentes reclamos.

Quizás interese destacar, por último, que si en un primer momento hemos visto la ascendencia helenista e insistentemente la latina, en este enclave de madurez valenciano se remontan más abiertamente a su mismo bagage y reciclan sus propios valores, quizás Metge y Lull entre los más significativos.

Ahora bien todo ello es muy nuevo, pues estamos de continuo descubriendo en su subsuelo literario las fuentes que tan celosamente, por imperiosa necesidad o por motivos artísticos, con tanto empeño ocultaron. Por ello habrán podido parecer algo revolucionario estos comentarios, así como extraño a estudiosos de otros países o especialidades el nivel de estas obras literarias. Pero —con toda la modestia científica— es así: en estos momentos que señala el Humanismo en la Corona de Aragón no sólo se entendió a Petrarca sino que, cuando convenía, sin reverencialismos, como hiciera él frente a los clásicos, libremente se le refutaba.

Ante un seminario esencialmente dinámico y con proyección hacia la actualidad cabría desprender reflexiones que nos fueran válidas. Mirando con comitancias hacia el pasado que hemos visto, se da hoy también una conciencia de situación de agotamiento, así como nos mueve un impulso de renovación. Podemos hablar de bienestar y paz social, no sólo aspiración humanista por antonomasia, sino además condición de todo crecimiento. Pero

sólo abro las preguntas pues ya no son tema filológico; en todo caso su respuesta o debate correspondería en el enfrentamiento con otras disciplinas.

Desde el pequeño ángulo de la Corona de Aragón hemos visto, a través del arte, las bibliotecas y sobre todo de textos literarios, la función de estas urbes como centros humanos en un momento tan importante y como protagonistas de los cambios: pero, cabe preguntarse de nuevo, las ciudades ¿han sido causa favorable o bien resultado de ese quehacer humano?

Los pensadores actuales europeos buscan sus raíces e identidad, por lo que interesa remontarse a los momentos de su génesis, sobre todo cuando la Universidad agotada —dicen— porque la Filosofía la ha arrastrado y ya no es generadora de pensamiento, se halla inmersa en un desanimante y desconcertado ambiente que ha dado en llamarse postmodernidad. Interesan, pues, las iniciativas procedentes de ámbitos de las Humanidades con reflexiones interdisciplinarias y proyección social. A la reflexión que se ha promovido en esta línea en este seminario he traído sólo una aportación como filóloga.

Los filólogos, viejos líderes de aquella revolución inicial configuradora del devenir occidental, deben aportar orientación, descifrando o promoviendo investigaciones y remitiéndose a los textos del pasado. Pues evidentemente los textos no están muertos ni son inútiles ni a excluir por haber andado el tiempo: su valor culturalista se mantiene y gracias a su estudio se acrecienta su virtualidad. Se nos exige, sin embargo, una renovada lectura, fruto del rigor y la autenticidad.

Nos hallamos en una crisis muy fin de siècle; pero un buen ilusionista —como entiendo que ha venido a hacer este seminario— siempre sabe sacar nuevos valores de la manga. Rubrico, pues, mi felicitación inicial, ahora-razonadamente: Las Universidades no pueden perder su papel en cuanto a inquietud y comunicación cultural, más aún cuando no lo toman generalmente otras instituciones ni los *mass media*. Papel que aquí nos ha llevado a reflexionar, desde múltiples enfoques, con motivo de la ciudad como espacio plural.

Los filólogos iniciaron este papel, en el momento por antonomasia de consolidación europea, el cual dio lugar a una nueva forma de vida y de renovación moral. Se impusieron los ideales cívicos del Humanismo, y junto con la lectura libre y auténtica de los textos advino una mayor dignidad humana, así como la valoración del estudio y de la ciencia.

Ya hemos dicho que duró poco, pero dio el Renacimiento. Es una de esas jugadas típicas de la Historia; ahora bien, su fugacidad no quiere decir que se haya perdido o invalidado y, recientemente, están llegando a nuestras

manos elementos nuevos para la comprensión de aquellos textos y momentos, aquí sólo apuntados.

Pues estamos en la actualidad tan alejados de los conceptos humanistas, que podemos compararlo a cuando en la baja Edad Media se había perdido el significado de los clásicos. La reflexión acerca del momento de aquella recuperación, alrededor de estas ciudades, me ha parecido una buena ocasión para atraer la atención hacia este conjunto hispánico medieval que estamos entre todos rescatando.

Queda en pie de todos modos si el estudio y recuperación de los textos de aquella época —que sean o no fruto de estas ciudades, no pueden desligarse de ellas—, así como nos lo preguntamos aquí desde otros ángulos respecto al diseño de nuevos espacios plurales más humanos y sociales, puede contribuir a ayudarnos a salir de nuestra tan particular y medieval Postmodernidad.

BIBLIOGRAFÍA

- AUERBACH, E., *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*, ed. Seix Barral, Barcelona 1969.
- BADIA I MARGARIT, A. M.^a, *Les Regles de esquivar vocables i «La qüestió de la llengua»*, «Biblioteca Filològica» XXXVIII, Institut d'Estudis Catalans, Barcelona 1999.
- , *La impronta renacentista en las letras catalanas. Latín y romance en los siglos XV y XVI*, «Revista de Lengua y Literatura Catalana, Gallega y Vasca» IV, UNED (1996), 165-180.
- BARON, H., *En busca del humanismo cívico florentino*, Fondo de Cultura Económica, México 1993.
- BATLLORI, M., *De l'Humanisme i del Renaixement (Obra completa, V)*, ed. Tres i Quatre, Valencia 1995.
- , *De l'Edat Mitjana (Obra completa, I)*, ed. Tres i Quatre, Valencia 1993 a.
- , *Ramon Llull i el lul·lisme (Obra completa, II)*, ed. Tres i Quatre, Valencia 1993 b.
- , *La família Borja, (Obra completa, IV)*, ed. Tres i Quatre, Valencia 1994.
- BUTIÑÁ JIMÉNEZ, J., *600 anys de «Lo somni», el primer diàleg humanístic de la Península*, «Revista de Filología Románica», UCM, 2000.
- , *Tras los orígenes del Humanismo: El «Curial e Güelfa»*, UNED, Madrid 1999; 3.^a ed. 2001.

- , *Sobre la font d'una font del «Tirant lo Blanch» i la modernitat de la novel·la*, en las Actas del Simposio: *Creativitat ara: «Tirant lo Blanc». Temes i problemes de recepció i traducció literàries* (Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, L'Alfàs del Pi, 1997), «Caplletra» 23 (1998), 57-74.
- , *Literatura Catalana, I: Edad Media*, UNED, Madrid 1997 a.
- , *Sobre la proyección de los trecentistas italianos en la introducción del humanismo en la Corona de Aragón*, «Cuadernos de Filología Italiana» IV (1997 b), UCM, 265-277.
- , *Sobre el prólogo de Ferrer Sayol al «De re rustica» de Paladio*, «Epos» XII (1996 a), 207-228.
- , *No busquem Llull entre els savis*, «Revista de L'Alguer» VI (1996 b), 215-228.
- , *El diàleg de Bernat Metge con Ramon Llull. Dos nuevas fuentes tras «Lo Somni»*, en *Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Granada 1995, 429-444.
- , *Cicerón, Ovidio, Agustín y Petrarca tras «Lo Somni» de Bernat Metge*, «Epos» X (1994 a), 173-201.
- , *Dues esmenes al «De remediis» i dues adhesions al «Somnium Scipionis» en el prehumanisme català*, «Revista de L'Alguer» V (1994 b), 195-208.
- , *De Metge a Petrarca pasando por Boccaccio*, «Epos» IX (1993a), 217-231.
- , *El paso de «Fortuna» por la Península durante la baja Edad Media*, «Medievalismo. Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales» III (1993 b), 209-232.
- ECO, UMBERTO, *Arte e bellezza nell'estetica medievale*, ed. Bompiani, Milán 1987.
- ENSENYAT PUJOL, G., *La literatura catalana medieval a Mallorca*, ed. El Tall, Palma de Mallorca 1999.
- FERRANDO, A., *Sobre el marc històric del «Curial e Güelfa» i la possible intencionalitat de la novel·la*, en *Actes del Col·loqui Internacional «Tirant lo Blanc». Estudis crítics sobre «Tirant lo Blanc» i el seu context*, a cargo de Jean Marie Barberà, «Biblioteca Abat Oliba» 182, Publicaciones de la Abadía de Montserrat 1997, 323-408.
- HELLER, Á., *El hombre del Renacimiento*, «Historia. Ciencia. Sociedad» 164, ed. Península, Barcelona 1980.
- MARINIS, TAMMARO DE, *La Biblioteca napoletana di re d'Aragona, I-IV*, ed. Ulrico Hoeplin, Milán 1947-1952.
- MAYER, O., *Per a una aproximació succinta a l'humanisme clàssic als Països Catalans*, «Annals de l'Institut d'Estudis Gironins» XXXII (1993), 187-196.

Julia Butiñá Jiménez *Barcelona, Nápoles y Valencia: tres momentos del Humanismo...*

NADAL, J. M.^a, y PRATS, M., *Història de la Llengua Catalana*, I, ed. 62, Barcelona 2.^a ed. 1983.

REBAGLIATO FONT, J., «La Hispània catalana. Evolució històrica dels elements nacionals catalans (segles XIII-XX), *La mata de jonc*, 37, ed. Curial, Barcelona 1999.

RIQUER, M. de, *Història de la Literatura Catalana*, I-II, ed. Ariel, Barcelona 1964.

—, *Obras de Bernat Metge*, estudio y edición, Universidad de Barcelona 1959.

TRENCH, J., y CANELLAS, A., *La cultura dels escribes i notaris de la Corona d'Aragó (1344-1479)*, «Caplletra» V (1988), 5-38.